

TRES MUESTRAS ARQUITECTONICAS DE AREQUIPA

Gustavo Bacacorzo

I. *La Catedral de Arequipa*

Uno de los símbolos de la Ciudad Blanca es, sin duda, su catedral. Ocupa ella —a diferencia de la de Lima— todo el atrio sobre la Plaza de Armas, rodeada de una colosal arquería de piedra de granito, que forma los portales denominados ahora de Flores, de la Municipalidad y de San Agustín. Exhibe, pues, toda su belleza arquitectónica sobre un frente de cien metros lineales sobre el *ágora* principal, testigo de los más disímiles y notables hechos históricos.

Su origen data de la fundación misma de la ciudad, en el siglo XVI (1540), aunque propiamente como catedral —exclusivamente la iglesia del obispo, según el derecho canónico— lo es de la centuria siguiente, pues Arequipa es erigida diócesis en 1609, desprendiéndola del Cusco.

En 1621 se dan las primeras concertaciones contractuales para la fábrica catedralicia: 180 pies de largo y 84 de ancho; una nave central de 36 pies de ancho, naves laterales de 24 pies de ancho cada una, con inclusión de cuatro columnas a cada lado, todo de piedra blanca labrada (*sillar*) de las canteras locales. El precio de la obra se pacta en 150,000 pesos, pagaderos en ocho años. Esta estructura del *albañil* Andrés Espinoza perdura básicamente desde 1627. Y para proseguir la obra —adelantada con suma lentitud— se designa una comisión presidida por el *Obrero Mayor* don Juan Santiago de Moscoso Sandoval y Rojas, nuestro antepasado.

El terremoto de 1784 (Santa Ursula), el más destructor junto con el de 1868, afecta gravemente la estructura, quedando el templo en estado semiruinoso hasta 1844, en que un macroincendio calcina las bóvedas.

El obispo arequipeño Goyeneche y Barrera emprende la reconstrucción, encomendando la labor al *maestro* Lucas Poblete (1848). Pero sobreviene el segundo macrosismo veinte años después (1868), afectándola seriamente. Y es el mismo gran arquitecto, quien la rehace con la traza actual, procediéndose a efectuar prudentemente las demoliciones necesarias. Estos trabajos difíciles y de arte depurado sólo costaron al Estado 54,980 pesos.

Tan valiosa información —sintetizada por nosotros— la da a conocer el doctor Guillermo Galdos Rodríguez, director del Archivo Departamental de Arequipa y diligente historiador, en un folleto de 65 páginas, ilustradas con fotografías y daguerrotipos históricos en los que aparece la iglesia mayor mistiana lesionada por las furias telúricas tan frecuentes y dañinas en Arequipa y Sur del país; material que pertenece a la Sección Iconografía del Archivo a su cargo*.

Conocedores de sus datos de investigador nosotros expresamos públicamente nuestra felicitación a quien contribuye de manera silente pero positiva a divulgar y conservar el acervo nacional.

II. *Monasterio de Santa Catalina*

Famosas prioras

Escribir sobre la composición social de este famoso monasterio femenino es nuestro objeto, y no desde perspectivas arquitectónicas.

Trátase de un cenobio de caracteres extraordinarios dentro de la propia vida arequipeña, y recién se está conociendo dicho mundo, pues ha permanecido casi impenetrable durante 394 años. Comienza a funcionar en 1576 y desaparece la clausura en 1970; verdaderamente caso único.

Algo se sabe públicamente, pues la curiosa escritora —y luego luchadora socialista franco-peruana, Flora Tristán— nos ha dejado valiosísimas estampas de su breve estada en el convento, siempre rodeada y halagada por las religiosas. *Peregrinaciones de una paria* es, para éste y otros efectos, digna obra de releerse y estudiarse: no era una comunidad propiamente dicha, pues cada monja vivía apartada en sus propios aposentos, con las comodidades materiales y humanas que podían permitirle su patrimonio, en primer lugar; y su condición social también.

Reciente publicación voluminosa del periodista Dante E. Zegarra López da profusa información, que nosotros ordenamos y condicionamos con lo tomado directamente de archivos locales durante largos años, lamentablemente no correlativos.

En este gran monumento del siglo XVI han morado alrededor de mil monjas, cuya nómina se conoce incompletamente, pues el *Libro de Toma de Hábitos* comienza a mediados de 1658 y concluye en 1897, por lo que podríamos afirmar que el promedio de vida monástica es de 30 años.

* Guillermo Galdos Rodríguez. *La Catedral de Arequipa*. Archivo Departamental de Arequipa. Arequipa, 1986.

Ingresan a diversas edades, que van desde los 15 a 30 años, por lo general. Todas tienen registrado su *status* (procedencia, padres, cargos, fechas varias, etc.), pero excepcionalmente aparecen profesas de padre o madre no conocida, recurriéndose al risible recurso de registrarlas a éstas como “hija de Dios y de Santa María” o expresiones similares, acaso útiles para una patología psicológico-mística.

Nota casi invariable de distinción social es el velo que se les asigna: *negro* para las nobles o hidalgas, con posibilidad de ascender hasta prioras; *blanco* para las de modesta condición social o económica, a quienes está vedado de antemano los altos cargos mongiles: son, pues, las llamadas hermanas, destinadas a trabajos manuales.

Todas han de escoger una advocación de santo o santa conque se las conocerá, anteponiéndolo a su verdadero apellido.

Todas también han de llevar dote, no menor de 2,400 pesos las de velo negro y de 800 las de blanco. Esta obligación raramente se intercambia con otra: “Sin dote con obligación de enseñar a tocar el órgano a las religiosas”, pero se le acuerda sólo el velo blanco, en contraste con algunos “de padres no conocidos” (pero sí se sabía quiénes eran ellos, *Sotto voce*), se les concedía el uso del velo negro, pero había que aumentar la dote.

Casi no hay familia potentada y descendiente de los llamados *conquistadores* que no estén representadas en este monasterio y algunas de ellas nutridamente; siendo finalmente, de anotar que este claustro alberga a niñas no sólo de Arequipa —la mayoría— sino llegadas del Sur y aún de Bolivia. No hemos encontrado ninguna venida de Chile.

En Arequipa ya desde el siglo XVIII imperaba la costumbre de recluir en el monasterio de monjas, en la zona para seglares, a mujeres de todo tipo y clase, sin excluir a prostitutas, aunque parezca mentira. Esta y otras lacras de las propias enclaustradas sólo fue posible suprimir muchos años después y con grandes tropiezos.

Hay apellidos de fama internacional diríamos, como *Viscardo* y *Guzmán*: dos hermanas mayores de los célebres precursores de la Independencia de América (Josef Anselmo y Juan Pablo) alcanzan notoriedad y demuestran ser alta y constantemente combativas; aunque en abierta orientación reaccionaria, a diferencia de sus valiosísimos hermanos: *sor Bernardina de Santa Gertrudis* y *Viscardo* no debió de ser de grandes luces, a menos que le hubiera sobrevenido alguna enfermedad, pues toma hábitos en 1753 y profesas en 1759, esto es, con seis largos años de demora, cuando lo usual es hacerlo al año siguiente. Pero fue elegida subpriora por dos veces: 1791 y 1805, en sufragios *non sanctos*, pues la violencia menudeaba. En cambio *sor Narcisa de Nuestra Señora del Pilar* y *Viscardo* la supera: ingresa en 1755 y profesas

en 1756. Con el correr del tiempo asciende al priorato en 1811 y lo vuelve a ejercer en 1820, siempre vía elección. Ya dos tías de ellas las habían antecedido en la vida monacal allí mismo: María de la Soledad y Viscardo (1710); Manuela de la Natividad y Viscardo (1744) y su hermana Isabel de las Nieves y Viscardo (1746), todas ellas con pinguis dotes.

Vinculada consiguientemente a estas cinco religiosas, encontramos a *sor Josefa de San Cayetano de Corso y Negrón*, que ingreso en 1750 y profesa al transcurrir el año mínimo reglamentario. Fue también combativa y lideresa, alcanzando el priorato en 1797, actuando con menor rentabilidad conservadora que sus primas.

Barreda. El patronímico más abundante, como varias prioras: Leonor de San José Pérez-Hurtado y Barreda (1678), María del Rosario Pérez-Hurtado y Barreda (1680), Juana de la Natividad de la Barreda y Méndez (1686), María de la Presentación de la Barreda y Obando (1697), Catalina de San José de la Barreda y Obando (1707), María Ignacia de la Cruz de la Barreda y Obando (1710), que salió a dirigir el nuevo monasterio de Santa Rosa (1752); Michaela de Santa Rosa de Viterbo López de la Barreda y Medina (1727), Josefa Gertrudis de San Vicente Ferrer López de la Barreda y Gonzales (1730), María Ignacia de Santa Teresa de la Barreda y Salazar (1734), Paula Francisca del Tránsito de la Barreda y Salazar (1733), María Lucía de Santa Rita de la Barreda y Benavides (1748), etc.

Benavides. Hay muchas, incluyendo a prioras: María de Benavides y Barreda (1673); Josepha de San Francisco de Paula de Benavides y Vilches (1753), Catalina de Sena de Benavides y Vilches (1757), María Antonia de Benavides y Vilches (1764), María Luisa de los Sagrados Corazones Benavides (1884); y para cerrar, con Petronila Benavides y Valdivia (1789). De ellas, altanera, violenta es la segunda, priora en 1789, que se impone a los obispos Pamplona y Chávez de la Rosa, quienes resultan así víctimas del poder tradicional.

Moscoso. Catalina de Sena de Moscoso y Maldonado (1708), Bernardina del Espíritu Santo de Moscoso y Cegarra (1726); Petronila de las Mercedes de Moscoso y Peralta (1740), hermana del famoso arzobispo de Granada don Juan Manuel de Moscoso y Peralta, consejero de los Reyes de España Carlos IV y María Teresa de Parma, logrando el priorato en 1802, Francisca de Moscoso (1781), etc.

Finalmente, algo diremos de las *Villegas*. Andrea de San José de Villegas y Barreda (1673), vinculada cercanamente con la famosa amante del virrey Amat, como probaremos en su oportunidad; María de la Visitación de Villegas y Tapia (1724), igualmente emparentada con la conocidísima Ferricholí, de la leyenda peruana.

Sin duda, la monja más célebre de este macrorecinto y su priora en 1648 es *sor Ana de los Angeles Monteagudo* (1603-1686), beatificada por el Papa Juan Pablo II en la propia Catedral de Arequipa, durante su viaje al Perú en 1985.

III. El Arte Mudéjar y Arequipa

Sabido es que se trata de un estilo arquitectónico que se *tipifica* por la armoniosa correlación de elementos ornamentales árabes y cristianos, que alcanza su extraordinario perfeccionamiento en los siglos XIV y XV en las maravillas del gótico y las delicadísimas filigranas del granadino.

Es traído a la América por los españoles, existiendo hasta el presente notables muestras en el Perú, México y Colombia; aunque su *declinación evidente* en Europa sobreviene en el siglo XV al advenir el renacimiento en sus nuevas formas.

Nosotros queremos referirnos ahora a las únicas —cuando menos, últimas— obras arquitectónicas que todavía presenta la ciudad del sur, cuyas vistas ilustran esta nota.

En la primera cuadra de la calle San Francisco —en breve paralelismo con la transitada arteria de Mercaderes— encontramos un *callejón*, al que ha venido denominándose *Cañón*, pues es el camino, el paso que vincula precisamente la citada calle de San Francisco (antes Seminario) con la de Jerusalén (antiguamente Alpacoto). A él dan todas las puertas traseras de los inmuebles de la primera cuadra de Mercaderes —denominada en la colonia primeramente Alcantarilla—, prestando este callejón mudéjar un notorio servicio para cargar y descargar mercadería y consiguientemente, para menesteres de baja policía.

Tiene una longitud aproximada de 110 metros, aunque apenas supera el metro y medio de angustiosa estrechez (1.50 a 2.00 m.l.). A su N.E. se levanta la suntuosa mansión colonial acaso de los Tristán, hoy sede del Banco Continental-Sucursal de Arequipa*.

Convertido en letrina pública, ha sido debidamente rescatado de tan lamentable estado y luce ahora en todo su esplendor: rejas de hierro en ambos extremos, faroles en todo su trayecto, piso de granito.

* Famosa familia arequipeña —de origen franco-español— que ha tenido el último virrey (mariscal de campo Juan Pío Tristán y Moscoso) al saberse la captura del virrey La Sema y de todo el ejército español en la célebre batalla de Ayacucho el 9-12-1824. Además, la famosa escritora franco-peruana Flora Tristán, precursora del socialismo y alabada por Carlos Marx. Ella es abuela del pintor Paul Gauguin, tan conocido en el arte universal.

Naturalmente, su fábrica es de sillar blanco y sus dos portadas de acceso — también en traquito o tufo volcánico— presentan modalidades arquitectónicas sobrias como cornisamento y columnas planas en sus modalidades de cornisa, friso, arquivado, capitel y fuste sin exhibir pedestal ni zócalo. En este aspecto, es una clara muestra de la arquitectura arequipeña. En el interior del angostino encontramos un conjunto de *arbotantes* en cantidad de 13 aproximadamente, figura que da un bello aspecto al pasadizo; y entre uno y otro de ellos, media espacio que consiente la iluminación natural del pasaje, penetrando diariamente el sol. Y en las noches de luna llena, el espectáculo es de gran vivacidad al poder divisarse la luz selenita, la que comunica al lugar un encanto excepcionalmente oriental o granadino propicio para que —furtivamente— se produzca una expresión romántica en los viandantes avisados.

Escogimos por ello este motivo para ilustrar nuestro libro sobre *Don Juan Manuel de Moscoso y Peralta* (Lima, 1982), presentado sucesivamente en Lima y Granada (1983).

Nosotros —apasionados de nuestro arte arquitectónico, que es la expresión más lograda en América, como que constituye una escuela mestiza en Suramérica— urgimos a la Municipalidad de Arequipa para exaltar aún más tan preciosa supervivencia cultural, interesando a las entidades de poder económico, que se benefician a trasmano.

No sería impropio destinar ambientes para un restaurant típico, café y galería; pues el sabor del callejón mudéjar daría un hálito de interés y de sugestividad para este tipo de quehaceres tan estrechamente vinculados con la bohemia mistiana envuelta en el misterio de la confabulación cultural.

Y la segunda muestra superviviente es, sin duda, más modesta: no presenta la vitalidad —diríamos— de la anterior. Ubica en la transitada calle de La Merced, en la misma fachada de la iglesia y convento de este nombre, cuyos frailes han tenido el despropósito de “tapar” tan sugestiva puerta de calle, de modo que aparece como mero adorno exterior, en cuyo vértice aparece tallado —en sillar, también como toda la primorosa puerta y la pared misma— el escudo de armas de la orden religiosa, rematado con corona real. La fábrica data de 1607 y aunque los terremotos de 1958 y 1960 la afectaron, a la artística portada no le afectaron las furias naturales.